

### Ganas de leer

Cuando la gente se despierta, normalmente, tiene ganas de ir a hacer pipí, de beber agua o de tomar un zumo de naranja. Leo, aquella mañana, se despertó con unas ganas increíbles de leer un libro. Leer por leer. Sin más. Sin tener que perseguir a un mono que se cree que es don Quijote. Sin estar obligado a esconder a uno de los últimos vampiros. Leer sin ser perseguido por una malvada organización secreta. Leer sin tener que hacer nada más que leer. ¿Era posible? ¿Existía algún libro que no fuera tan peligroso como los que había leído con el Club de los Canibales? ¿Quién podría ayudarlo? ¿Quién podría hacerle una recomendación? ¿Quién?!



Bueno, ese quién era fácil de encontrar, lo tenía durmiendo en la cama de al lado, como un tronco peludo. Ese quién era un chimpancé disfrazado de estudiante de intercambio escocés a quien no solo le encantaba el rooibos y llevar un elegante bombín. También era uno de los mejores amigos de Leo, aunque roncara un poco.

—¿Me oyes? Despierta. Quiero preguntarte una cosa.

Silencio. Unos cuantos ronquidos. Más silencio. Leo insistió:

—Venga, quiero preguntarte una cosa de esas que son muy, pero que muy importantes. Los chimpancés no duermen tanto. Esos son los perezosos, lo vi en un documental. ¡Eh! ¿Me oyes? Muy bien, si no me oyes, tendré que ponerme a cantar. Voy a cantar una de esas canciones que se cantan para despertar a los bebotes, a los bebotes perezosos. Ja, ja, ja. ¿Eres un bebote perezoso?

Leo pensó que con esta broma tan graciosa que se le acababa de ocurrir, Octavio no tendría más remedio que reír y despertarse de muy buen humor. No fue así. No movió ni una pestaña, como si en lugar de un chimpancé superinteligente, capaz de hablar más de ciento cuarenta idiomas, fuera un peluche enorme, feo, tirado encima de la cama.

—Te voy a dar la última oportunidad. ¿No? A la de una, a la de dos, a la de dos y medio, a la de dos y medio y un poco más. Bueno, tú lo has querido. Ahí va.

Leo hinchó los pulmones como quien acaba de volver de las profundidades marinas y necesita aire. Luego, empezó a cantar de la forma más horrible que pudo. Era una voz tan chillona como el aire que se escapa de un globo muy hinchado.

—Buenos días, el sol está brillando. Buenos días, te despierto yo cantando. Buenos días, dormilón. Buenos días, te despierto yo con esta canción.

Gabriel García de Oro, *El Club de los CANIBALES se traga la isla del Tesoro*. Ed. Anaya.